

La joven en el cristal

Mi nombre es Alejandro y tengo 17 años. No soy el típico chico popular, ni el más inteligente, ni el más guapo, pero tengo algo que, tal vez, me hace especial: soy el tipo al que le gusta descubrir secretos. Desde pequeño me gustaba investigar, desentrañar cosas que nadie más veía. Ya sabes, como si tuviera un radar para los misterios, algo que, de alguna manera, me había dado una vida llena de enigmas por resolver. Pero lo que no esperaba, era que un misterio tan grande se cruzara en mi camino, algo que cambiaría todo lo que creía saber.

Hace unas semanas, me mudé con mi mamá a un pequeño vecindario en las afueras de la ciudad. La casa que alquilamos es antigua, con grandes ventanales y una fachada de ladrillos rojos que, a pesar de su desgaste, tiene un encanto que no pasa inadvertido. Lo curioso es que, por alguna razón, me empezó a llamar la atención una casa al final de la calle, la más vieja de todas. Cada vez que pasaba por ahí, algo me hacía detenerme un momento. Era como si una extraña fuerza me empujara a mirarla.

Era una casa que parecía deshabitada. La pintura de las paredes estaba desconchada, las ventanas cubiertas con cortinas oscuras, y el jardín estaba tan descuidado que las hierbas crecidas llegaban hasta la puerta. Sin embargo, había algo en esa casa, algo extraño que me mantenía curioso.

Una tarde, mientras pasaba por la casa como de costumbre, vi algo raro. A través de una de las ventanas, pude distinguir una figura. Era una chica, o al menos eso parecía. Estaba sentada junto a la ventana, mirando hacia afuera, pero no a la calle, sino al vacío, como si estuviera esperando algo o a alguien. Su rostro no se veía bien, estaba parcialmente iluminado por la luz tenue de la tarde, pero lo que más me llamó la atención fue su cabello largo y oscuro, que caía de manera desordenada sobre sus hombros. Algo en su mirada me inquietó, como si supiera que yo la había visto, como si me estuviera observando también.

No sé qué me pasó, pero no pude dejar de pensar en ella. Esa imagen se quedó grabada en mi mente durante días, hasta que una tarde decidí que tenía que saber más. Tomé mi bicicleta y pedaleé hasta la casa. Sabía que era una mala idea, pero mi curiosidad me controlaba.

La puerta principal estaba cerrada, pero algo me decía que debía entrar. No sé cómo, pero logré encontrar una ventana que estaba un poco abierta. Con un poco de esfuerzo, logré meterme en el jardín. Todo estaba cubierto por una extraña quietud. A lo lejos, la figura de la chica aún se veía en la ventana, pero algo no encajaba. Cuando me acerqué más, me di cuenta de algo que me dejó helado: la ventana estaba cerrada por dentro. Entonces, ¿cómo había visto a la chica ahí?

Mis pensamientos se dispararon. Tal vez estaba soñando, tal vez había visto algo en mi mente. Pero no, algo no cuadraba. Algo no estaba bien con esa casa. Entré más al interior,

sin querer dejar de pensar en lo que había sucedido. No me importaba lo que pudieran decir, necesitaba descubrir qué estaba pasando.

Mientras avanzaba por los pasillos oscuros de la casa, la atmósfera se volvía más densa, más inquietante. El aire estaba frío y cargado, como si la casa estuviera esperando algo, como si la casa misma estuviera viva. Llegué hasta el final del pasillo, donde había una puerta entreabierta. La empujé lentamente.

Dentro, encontré una pequeña habitación. Las paredes estaban cubiertas con fotos viejas, algunas en blanco y negro, otras descoloridas por el tiempo. Lo extraño era que, en casi todas las fotos, aparecía la misma chica. La misma chica de la ventana. Estaba en diferentes lugares, diferentes momentos, pero siempre parecía estar mirando a la cámara con una expresión vacía, distante. En una de las fotos, vi algo aún más inquietante: en el fondo de la imagen, entre la multitud, había una sombra que no parecía pertenecer a ningún ser humano.

Antes de que pudiera procesarlo, escuché un sonido detrás de mí. Al girarme, la puerta se cerró de golpe, sumiéndome en la oscuridad. De repente, una risa, débil pero clara, resonó por la habitación. No era la risa de alguien alegre, sino una risa vacía, triste, como si perteneciera a alguien que había perdido la esperanza hace mucho tiempo. Miré alrededor, y entonces la vi: la chica, parada justo frente a mí, con los ojos vacíos y un leve susurro en los labios.

"No deberías estar aquí", susurró.

Los días pasaron, aunque aquí, en este extraño lugar entre la realidad y lo desconocido, no tengo idea de cuánto tiempo ha transcurrido. El sol, si es que aún existe allá afuera, ya no es visible, y las sombras en las paredes de la casa parecen tener vida propia. En los pasillos, los relojes no marcan horas, sólo resuenan con un tic-tac imparable, como si el tiempo mismo se hubiera detenido en este lugar. La chica, aquella que una vez observaba desde la ventana, ya no parece ser un sueño. Es más, su presencia está en todas partes, susurrando palabras que no logro entender, como si intentara contarme algo importante. Pero siempre se detiene, se desvanece, y se vuelve solo un eco lejano.

He intentado huir. He intentado abrir todas las ventanas, todas las puertas, pero no importa lo que haga; siempre regreso a la misma habitación, la misma pared, el mismo rostro. Y entonces, algo extraño sucede. Un día, mientras recorriendo los pasillos de la casa, noto una puerta que nunca había visto antes. Estaba allí, oculta en la esquina, entre dos espejos rotos que reflejan una y otra vez mi propia cara, distorsionada por el tiempo y la desesperación.

Sin pensarlo, empujo la puerta. Un aire denso y espeso sale al abrirla, como si hubiera estado cerrada durante siglos. Al otro lado, la habitación es diferente. Está llena de libros, pero no son libros comunes. Son antiguos, de tapa dura, y tienen símbolos extraños en sus portadas. Cuando paso la mano por uno de ellos, un estremecimiento recorre mi cuerpo.

Decido tomar el más cercano, un libro con una portada desgastada, cuyo título está escrito en un idioma que no reconozco.

Al abrirlo, las páginas parecen cambiar, como si tuvieran vida propia, deslizándose rápidamente por mis dedos, hasta que finalmente se detienen en una página concreta. En ella hay una ilustración, una imagen que me hace el corazón latir más rápido. Es una casa, la misma casa en la que estoy, pero en la imagen, se muestra en su esplendor, llena de luz, con flores en el jardín y gente que parece feliz. Sin embargo, al lado de la casa, está ella: la chica de la ventana. Pero aquí, en la imagen, su rostro está claro, y su expresión... no es la de alguien atrapado en el tiempo, sino la de alguien que ha sido condenada. En sus ojos hay algo que no había visto antes: miedo.

Con las manos temblorosas, sigo pasando las páginas del libro, buscando algo que explique lo que está pasando, algo que me dé respuestas. Cada página es un nuevo rompecabezas, pero no puedo encontrar ninguna pieza que encaje completamente. Entonces, llego a una página final, una que parece diferente de las demás. Tiene un mensaje escrito, en el mismo idioma extraño que vi en la portada, pero debajo de las palabras hay una traducción. Al leerla, siento un escalofrío recorrer mi columna vertebral.

"La chica de la ventana no está atrapada. Ella fue la que atrapó a todos los que llegaron antes, y ahora, es tu turno."

Me quedo paralizado. De repente, todo empieza a tener sentido, pero al mismo tiempo, me siento aún más perdido. ¿La chica de la ventana? ¿Ella atrapó a todos los que vinieron antes que yo? ¿Es esto un ciclo que nunca termina? Si la casa es un lugar entre dos mundos, ¿estoy condenado a quedarme aquí para siempre?

Decido investigar más. Tengo que entender todo esto. No puedo quedarme aquí sin más respuestas. Después de todo, ¿qué otra opción tengo? Tomo el libro y busco alguna otra pista en sus páginas. A medida que leo, encuentro más detalles sobre la casa. Parece que fue construida por un hombre obsesionado con la inmortalidad, alguien que buscaba una manera de detener el paso del tiempo. Y, según las leyendas que se mencionan en el libro, su obsesión le llevó a crear una especie de trampa, una casa que atrapaba las almas de aquellos que entraban, como un lugar donde el tiempo se estancaba, donde la muerte no existía, pero tampoco la vida.

La chica de la ventana... era su hija. Una hija atrapada en un ciclo infinito, condenada a observar a los que llegaban, a esperar, a convertirse en parte de la historia de aquellos que se perdían en la casa. La tragedia es que, aunque la chica se mostraba en sus fotos con una apariencia normal, en realidad, no era un ser humano. Era un espectro, una parte de la trampa, condenada a existir solo para atraer a más almas.

Finalmente, decido enfrentarme a mi destino. No voy a quedarme aquí sin luchar, sin intentar salir. Decido confrontarla, la chica, la figura que ha estado apareciendo en todos mis pensamientos, la que parece tener la clave para todo esto. Salgo a la parte más oscura

de la casa, buscando la habitación que he visto en mis sueños. La chica aparece, como siempre, en la ventana.

Pero esta vez, no me siento atrapado. No estoy asustado. En lugar de eso, voy hacia ella, decidido a romper el ciclo, decidido a descubrir la verdad detrás de todo esto. En cuanto la alcanzo, la chica se vuelve hacia mí y me mira con ojos llenos de dolor. Su rostro ya no es el de una sombra vacía. Es el de una joven, una joven que una vez fue real, y que ahora está condenada a observar, a esperar, a nunca poder liberarse.

"¿Por qué me sigues?" le pregunto, con la voz temblando, pero también con un propósito que nunca había sentido antes.

Ella me mira, y por primera vez, hay una especie de luz en sus ojos, una chispa de esperanza. "Porque tú eres la única persona que puede romper esto. Solo tú puedes liberarme."

En ese momento, algo cambia. La casa tiembla, las paredes parecen crujir, y todo alrededor empieza a desvanecerse. La chica de la ventana sonrío, por fin libre, por fin liberada del ciclo eterno.

Y luego, todo se apaga.

Cuando despierto, estoy de nuevo en mi cama. La casa, la chica, el misterio... todo se ha desvanecido, como si nunca hubiera existido. Pero sé que algo ha cambiado. Algo en mí ha cambiado. Quizá el misterio nunca termine por completo, pero he descubierto lo que quería saber: a veces, los enigmas no son solo para resolver, sino para aportarnos una enseñanza.

Y quizás, solo quizás, mi vida ahora tendrá un nuevo propósito: seguir buscando, seguir investigando, hasta que el siguiente misterio me encuentre.

Cuarto creciente